

TENA REYES, JORGE (Comp.), Ponencias de la Semana Internacional en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el cincuentenario de su muerte (1946-1996). Santo Domingo, Editora Corripio C. por A., 1996, 723 p.

Del 6 al 11 de mayo de 1996 se llevó a cabo, en Santo Domingo, la Semana Internacional en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña, al cumplirse los 50 años de su desaparición. El libro que nos ocupa contiene una nutrida recopilación de adhesiones, ponencias y publicaciones aparecidas hace ya 50 años, testigos vivos de la gran repercusión que tuvo la muerte de Henríquez Ureña en el ámbito de la cultura americana.

Para comenzar enumeraremos los autores y títulos de las ponencias que intervinieron en la ya mencionada Semana Internacional en Homenaje a Henríquez Ureña y que estuvieron a cargo de prestigiosos hombres y mujeres de las letras y el pensamiento latinoamericanos: José Alcántara Almánzar, de República Dominicana: "Pedro Henríquez Ureña ante la cultura y las letras dominicanas"; Soledad Álvarez, también de República Dominicana: "La pasión dominicana de Pedro Henríquez Ureña"; Enrique Anderson-Imbert, de Argentina: "Pedro Henríquez Ureña: una teoría de los valores"; José Luis Barcárcel Ordóñez, de Guatemala: "Pedro Henríquez Ureña precursor de los estudios latinoamericanos"; Pedro Luis Barcia, de Argentina: "Pedro Henríquez Ureña y los debates de la revista *Sur*"; José María Castañeira de Dios, de Argentina: "El americanismo humanista y militante de Henríquez Ureña"; Horacio Cerutti-Guldberg, también de Argentina: ¡"Pedro Henríquez Ureña "Pensador generoso"; Diony Durán, de Cuba: "Pedro Henríquez Ureña fundador de una escritura crítica"; Ofelia Kovacci, de Argentina: "Pedro

Henríquez Ureña y sus estudios sobre el español de América"; Enrique Krause, de México: "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña"; Pablo Mariñez, de República Dominicana: "Pedro Henríquez Ureña y la aportación cultural caribeña en México"; José Luis Martínez, de México: "Pedro Henríquez Ureña 1884-1946. Vida y obra. Un resumen"; Álvaro Matute, también mexicano: "Antonio Caso, Henríquez Ureña y el Positivismo. Breve historia de una relación"; Luz Altagracia Pérez de Juárez, de República Dominicana: "La tarea de Pedro Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud"; Rosa Elena Pérez de la Cruz, de República Dominicana: "La función de la utopía en la América hispánica según Pedro Henríquez Ureña"; Yolanda Ricardo Garcell, de Cuba: "Las Antillas en el pensamiento americanista de Pedro Henríquez Ureña"; Juan Carlos Torchia Estrada, de Argentina: "Pedro Henríquez Ureña y la historiografía de las ideas de América Latina" y por último, Leopoldo Zea, de México: "Pedro Henríquez Ureña y la raza cósmica".

En esta ocasión presentaremos sólo un breve resumen de algunas de las ponencias presentadas.

José Luis Barcárcel Ordoñez, se encarga de señalar el lugar que Pedro

Henríquez Ureña ocupa entre los estudiosos de lo latinoamericano y su ponencia se titula "Pedro Henríquez Ureña: precursor de los estudio latinoamericanos".

Henríquez Ureña, dice Barcárcel Ordoñez, llegó a constituir, con cuño propio, mediante el aporte analítico-explicativo fundante, lo latinoamericano como objeto propio y determinado del conocimiento cultural, orgánico e integrado.

Nuestro hombre prefirió llamara nuestros pueblos "América Hispana", nombre que le parecía más satisfactorio que América Latina, aunque reconociendo las influencias ejercidas sobre nosotros de lo románico, alguna vez utilizó la denominación América Latina.

Habiendo constituido el objeto de conocimiento, como excelente intelectual, buscó el fundamento, intentando asignarle a este objeto notas bien claras y precisas. Tales disquisiciones se apoyaron en su esfuerzo por tomar en su conjunto las distintas actividades, producciones, comportamientos, lenguajes, idiomas, procesos, tendencias, corrientes, etc, que circulan o han circulado en América.

Tuvo plena consciencia de que la existencia de todos los elementos guarda múltiples relaciones que median entre lo particular y lo general, asegurando el concierto entre lo universal del mundo de la cultura y lo acontecido en espacios y tiempos históricos determinados. Sus análisis y relaciones lo llevaron a disentir con cualquier tipo de postura aislacionista, como factor que aseguraría la origina

lidad expresiva americana.

Sabemos que su tarea se acentuó en el campo literario aunque, por supuesto, la extendió a todos los ámbitos del saber y de la expresión. Un rasgo característico fue el de apoyar sus indagaciones y afirmaciones en una vastísima documentación. Pedro Henríquez Ureña buscó la autenticidad de la expresión mediante el duro ejercicio de la profundización de sus revelaciones o intuiciones, sin contentarse con su inmediata comunicación, con el perjuicio de tornarlas indefectiblemente como una cosa vulgar. Al respecto, en su obra *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, nos dice lo siguiente: "no hay secreto de la expresión sino uno; trabajarla hondamente, esforzándose en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir, afinar, definir, con ansias de perfección.

El ansia de perfección es la única norma. Contentándonos con usar el ajeno hallazgo, del extranjero o del compatriota, nunca comunicaremos la revelación íntima; contentándonos con la tibia enunciación de nuestras intuiciones las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no solo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido" (p. 90).

En lo referido a la expresión latinoamericana, centra su análisis en el idioma como vehículo significativo adecuado. El idioma hablado en América guarda su distinción con el hablado en España, posee sus características propias, ya que detrás de un idioma hay circunstancias diferentes, situaciones propias, comportamientos y modos de ser distintos. Sin embargo, además de las diferencias con España, en América tampoco existe un idioma hispanoamericano único, porque, nos dice Henríquez Ureña: "existe una curiosa variedad de matices espirituales entre los pueblos de América española" (p. 94).

La posesión de un vasto conocimiento de la cultura americana le permitió emprender con gran nivel teórico sus conclusiones críticas y debatir, contraponer, rebatir y descartar. Tuvo, por otra parte, el don de reconocer el talento y las capacidades ajenas. Su tarea investigadora, que se concretaba en sus métodos de detección, rastreo, valoración y crítica, estaban fuertemente apoyados por una firme formación filosófica, sociológica e histórica.

Recibió influencias europeas de Kant y Hegel y americanas de Bello, Martí, Hostos y Rodó. Sus reflexiones, además de lo criollo y lo mestizo, incluyeron al indio y su influencia en nuestro contexto cultural. Sin duda alguna abrió puertas

a la posibilidad del establecimiento de la filosofía de la cultura latinoamericana.

En la ponencia de Pedro Luis Barcia "Pedro Henríquez Ureña y los debates de la revista *Sur*", podemos encontrar al homenajeado en vivo. La ponencia nos revela mediante la sencilla transcripción de estos debates, con apenas un escueto comentario del Dr. Barcia, la estatura intelectual de un hombre comprometido con su tarea y su modo especialísimo de llevarla a cabo.

La oralidad ocupó un sitio importante en la obra cultural de Pedro Henríquez Ureña. El autor de la ponencia ha recogido varias muestras de esa prédica y las ha publicado en *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*.

La primera alocución que Pedro Henríquez Ureña improvisó en Argentina fue en el homenaje que la revista *Nosotros* brindó a la delegación mexicana en Buenos Aires encabezada por José Vasconcelos en 1922. También pudieron ser recuperadas algunas clases magistrales, por ejemplo, las referidas a Bernard Shaw, gracias a los minuciosos apuntes de Enrique Anderson Imbert.

Su palabra, oral y escrita, iba siempre preñada de sentido. Por eso Barcia se aplica aquí a rescatar debates, que con ocasión de los más diversos temas, se daban lugar en el seno de las reuniones organizadas por la revista *Sur*, con la participación de personajes nacionales y extranjeros. La dirección de la revista convocaba a intelectuales allegados a la publicación de los números, en torno a cuestiones importantes que flotaban en el ambiente espiritual de la época. Se reunían quincenal o mensualmente conforme a un plan que se cumplió parcialmente y del cual se tomó apunte caligráfico para luego ser volcado en un número de la revista. Allí aparecen en su más vital movimiento las ideas, los juicios y las impresiones de Pedro Henríquez Ureña, junto al modo de decir, la oportunidad y el calibre de sus intervenciones. Poseía el hábito intelectual de considerar rápidamente lo esencial de una cuestión, manejaba las lecturas de la época y su preocupación acompañaba el latir de los tiempos. Sus preguntas eran oportunas, profundas e incisivas; no combatía, sino que comprendía y aclaraba. Siempre o casi siempre ponía ejemplos hispanoamericanos cuando era preciso ilustrar alguna cuestión. Y un pequeño detalle, pero que dice lo suficiente: cuando algún extranjero asistía a los debates de la revista y era preciso explicarle o definirle de alguna manera qué era América, le encargaban la tarea a Pedro Henríquez Ureña.

Juan Carlos Torchia Estrada interviene en el volumen con su ponencia "Pedro Henríquez Ureña y la historiografía en América Latina".

Nos dice el autor que la filosofía tiene un lugar en el pensamiento de Pedro

Henríquez Ureña, aunque, como sabemos sus esfuerzos se centraron en la literatura.

Henríquez Ureña tenía un llamativo dominio tanto de los autores influyentes en su época, como de los temas que se discutían. Por otra parte participó de forma activa en los debates filosóficos de su época. La evolución de su pensamiento puede seguirse como un antes, durante y después con respecto al positivismo reinante en el ambiente cultural mexicano de principios de siglo.

El autor de la ponencia nos invita a realizar un sencillo ejercicio con la imaginación que nos ayudaría a darnos una idea cabal del lugar que Pedro Henríquez Ureña ocupó en la filosofía: "si un observador situado en 1910, y por lo tanto en ese momento ignorante de todo lo que vino después, hubiera echado una mirada al clima filosófico de América Latina, y comprobara lo que en esa fecha habían realizado autores como Vasconcelos, Caso, Deustua, Kom, Vaz Ferreira, García Calderón, Javier Prado u Oscar Miró Quesada, habría concluido dos cosas: la primera, en materia de conocimiento de la filosofía que era contemporánea y de participación en la renovación postpositivista, Henríquez Ureña estaba entre los más avanzados: en fechas, en contenido de información y en la inteligencia de la crítica; la segunda, que habría augurado al joven dominicano, ya reconocido como una de las figuras más maduras del grupo filosófico del Ateneo, un claro futuro en el campo de la filosofía, junto con la dedicación a las letras" (p. 385).

Pedro Henríquez Ureña se ocupó y caracterizó las obras de Rodó, Hostos y Varona, encontrando en ellos un fondo común de preocupación moral y sensibilidad por el mejoramiento de la sociedad a la que pertenecen y a la cual dedican gran parte de su pensamiento. En 1936 Aníbal Sánchez Reulet escribe muy joven y en excelente prosa *Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica*. Pedro Henríquez Ureña hace su comentario de la obra en un artículo titulado "Filosofía y originalidad", en la revista *Sur*, de Buenos Aires, en el mismo año. Además de las alabanzas que se gana el libro de Reulet, el artículo de Pedro Henríquez Ureña resulta interesante debido a algunas afirmaciones con respecto a la filosofía latinoamericana, de su propia cosecha. Henríquez Ureña manifiesta que lo importante del pensamiento latinoamericano es lo que tiene de distinto, dirá textualmente: "lo interesante para estudiar no es la semejanza: es la divergencia".¹ Henríquez Ureña es un convencido de la originalidad absoluta del pensamiento americano.

Torchia Estrada afirma, sin dubitaciones, que el pensamiento de Henríquez Ureña vio y rescató el acento personal y la vida nueva que las ideas europeas tenían que vivir al otro lado del Atlántico. En definitiva Pedro Henríquez Ureña es

un adelantado del latinoamericanismo y resultan interesantes sus consideraciones filosóficas, a pesar de haber sido un hombre de letras.

La etapa final de su vida coincide con un cambio importantísimo en la vida filosófica hispanoamericana, ya que a partir de 1940 comienza a crecer enormemente el interés historiográfico latinoamericano y por lo tanto el caudal de producción historiográfica; podría pensarse, entonces, que a raíz de estos nuevos acontecimientos la figura de Henríquez Ureña pudo haber menguado un tanto. Sin embargo Pedro Henríquez Ureña vive como herencia, más allá del contenido de sus estudios y aportes, como ejemplo de desempeño intelectual y como ejemplo de rigurosidad: "Asimilar su espíritu es equivalente a condenar la improvisación, la labor mal hilvanada, la estrechez de visión, la interpretación sesgada, la prestidigitación (literalmente ilusoria) de hacer pasar por valioso mediante el relumbrón artificial lo que no está sólidamente fundado en trabajo honesto y firme. Hay también una herencia de concisión, que lo es a la vez de preocupación por la forma, especialmente por la claridad y la propiedad; de veneración por nuestras cosas, sin llegar a la idolatría; y de vívido americanismo, pero en su debido contexto, sin parricidios innecesarios, porque aunque América Latina tiene motivos para denunciar un destino histórico de subordinación, no por eso puede comprenderse en su compleja identidad fuera de Occidente" (p.400-401).

Por último quisiéramos referimos brevemente a la ponencia de Luz Altagracia Pérez de Juárez, que intervino en el encuentro con su ponencia "La tarea de Pedro Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud".

A comienzos del siglo XX, nos dice Pérez de Juárez, comienza a gestarse en México, un movimiento intelectual joven, de ruptura, una nueva generación de creadores. Son jóvenes artistas y escritores fundadores de la revista *Savia Moderna*, de efímera duración, pero eficaz a la hora de proponer los estilos que dejarán atrás al modelo literario francés, predominante durante el siglo XIX. Integraban este grupo, entre otros: Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

En 1907 fundan la Sociedad de Conferencias, cuyo objeto era la organización de disertaciones públicas orientadas a la divulgación de ideas nobles y el fomento de las actividades artísticas. Los miembros de la Sociedad de Conferencias maduraron un pensar nuevo y distinto al que predominaba en aquel entonces, de corte netamente positivista.

Así el 28 de octubre de 1909 surge el Ateneo de la Juventud, el cual se

reunirá cada quince días para dictar conferencias y discutir públicamente temas filosóficos. La nueva corriente fundada por los jóvenes del Ateneo puede definirse como una manera de misticismo fundado en la belleza...(p.326).

Podríamos hacer una breve enumeración de algunos rasgos que caracterizaron el perfil intelectual de este grupo: afición por la filosofía griega, tendencia humanista, preocupación por lo hispanoamericano y un acentuado inconformismo con el positivismo reinante.

Los miembros del Ateneo poseían un proyecto político que cada uno encauzó separadamente, eran, quizás, demasiado jóvenes en 1910, para ejercer una influencia eficaz en el derrotero político de su época.

Las ponencias sobre algún aspecto de Pedro Henríquez Ureña se continúan y cada una contribuye eficazmente a caracterizar un rasgo de su riquísima personalidad.

Guillermo Agustín Donnerstag

Notas

- ¹ Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*. Compilación y cronología de Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 83.

